



ALBERTO CHIMAL

FERNANDO DE LEÓN

[LA MATERIA NO EXISTE]

TOBOSO

A Fernando de León, escritor mexicano, lo conocí hace casi treinta años. Yo era más o menos igual de viejo que ahora y él era un jovencito. Era 1993 y los dos tomamos un seminario de literatura conducido por David Huerta, gran poeta de México y maestro de varias generaciones. La que fue la nuestra, en realidad, se formó allí en ese año y en los subsecuentes hasta casi el final del siglo XX con compañeros de edades diversas unidos por las circunstancias, la amistad y la capacidad inagotable de nuestro profesor para comunicarnos el afecto de la escritura como un trabajo humilde pero importante: el proverbial poder de las palabras.

Fernando era, calladamente, uno de los más grandes colaboradores de David en la difusión de ese afecto. Tenía un arsenal de lecturas que ya era envidiable entonces. Más de cuatro aprendimos de ellas. Por

ejemplo, gracias a él supe de las obras del conde Villiers de L'Isle Adam –aquel de los *Cuentos crueles* y *La Eva futura*– y de, más importante aún, Francisco Tario. Todavía me apena no haber sabido nada de Tario hasta aquel momento. Fernando lo conocía perfectamente y podía citar no solamente sus textos como *La noche*, *Entre tus dedos helados*, *La puerta en el muro* o *Jardín secreto*, sino los detalles de la biografía de aquel español vuelto mexicano, excéntrico, dueño de un cine, jugador de fútbol, creador de una de las obras más bellas y desconcertantes de la literatura de mi país y de la imaginación fantástica en general. Muerto en 1977, Tario había estado en el olvido durante décadas, y sólo empezaría a ser revalorado a comienzos del presente siglo, pero Fernando lo conocía bien y lo tenía por el gran narrador que siempre fue.

Fernando era un adelantado o incluso algo mejor, más infrecuente: alguien que sobrepasa el límite de lo “nuevo” y para quien la gran literatura está siempre en el presente. Y cuando empezamos a leer sus textos, vimos que también como escritor (ya lo era desde entonces, por supuesto que sí), Fernando también hacía a un lado las reglamentaciones del tiempo que habitaba y, en cambio, seguía por su propio camino. Tenía sus propias lecturas del canon literario y se apartaba de él cuando hacía falta.

Luego de casi tres décadas de trabajo, Fernando ha publicado los libros de cuentos *La estatua sensible* (1995, Premio Nacional de Cuento de los XX Juegos Florales de San Román, Campeche), *La obscuridad terrenal* (2001), *Cárceles de invención* (2003), *La sana teoría* (2006), *Apuntes para una novísima arquitectura* (2004, Premio Nacional de

Cuento Agustín Yáñez), *Mudo espío* (2011) y *Rudy te manda saludos* (2017); las novelas *Historia de lo fijo y lo volátil* (2010) y *Oser Serón* (2015), y los libros de ensayos *Alguien / Zozobra* (2013) y *Narrativas verdaderas* (2021). Estos libros forman una obra única a la manera de Tario; elegante, como la de Villiers, y menos apreciada de lo que debería como la de ambos en aquel tiempo y ahora. Sus textos no estaban interesados en las modas de los noventa y, ciertamente, no están interesados en las de hoy. Tampoco han querido parecerse a lo que se supone que “debe” escribir una persona de su edad, su posición social, su condición de mexicano o de habitante del “sur global”. Nunca han cedido a la tentación de subirse a ningún tema de la “agenda” política

ni se han resignado a ser meramente legibles, entretenidos, pertinentes.

Y, sin embargo, la obra merece esos tres adjetivos y, junto con ellos, el de *tenaz*: siempre está lista para capturar la atención de una persona más y convertirla en su lectora fiel mediante su erudición, su imaginación y su humanidad. A su propia manera libresca, cómica, refinada, misteriosa, Fernando es un autor apasionante de la literatura mexicana.

Estoy leyendo ahora, poco antes de que aparezca publicada en España, una antología de sus mejores cuentos. En ellos se destaca una noción propuesta por Borges, otra de sus grandes figuras tutelares: que la narrativa de imaginación puede crear escenarios imposibles; sucesos que se pueden enunciar, pero nunca

se podrán observar; y también –aunque no se haga con tanta frecuencia–, conductas en el límite de lo que llamamos la naturaleza humana o incluso más allá. La terquedad de Bartleby, el escribiente, que nunca quiere hacer nada; la falta de sorpresa de Gregor Samsa ante su transformación; la resignación (¿o es felicidad?) de las hermanas Blackwood encerradas en su casa que es un castillo; el empeño creativo del brujo sin nombre de “Las ruinas circulares”, todos son ejemplos de modos de ser y de vivir que no tendrían cabida en el mundo “real”, pero resultan perfectamente creíbles en las narraciones que les dan cabida porque en ellas el entorno y el tiempo, distorsionados, igualmente distorsionan a quienes los habitan. A esto se le llama el *comportamiento fantástico*.



Como siempre ocurre en la literatura de imaginación, y como bien lo sabe Fernando de León, situarnos en el borde de lo posible nos permite observarnos mejor a nosotros mismos.

Semejante estrategia narrativa se ve también en los personajes de Fernando de León, que son criaturas perfectamente razonables dadas las circunstancias extraordinarias, enloquecidas, que les toca enfrentar. Hacen lo que pueden con lo que está a su alcance, a veces fracasan, a veces encuentran triunfos irónicos o sutiles. Sobre ellos, y en sus corazones hechos de sobreentendidos y frases enigmáticas o triviales, se encuentran las obsesiones de su creador: el amor, la muerte, la risa ante el absurdo del mundo, el habla de los libros –de toda una tradición de la literatura castellana más el influjo en ella de al menos un siglo del mundo entero– y el habla de la gente, en particular, la del altiplano mexicano. Dentro de nuestra tradición de lo fantástico, que en este tiempo ya estamos aprendiendo a ver como algo rico y diverso, los cuentos de Fernando son inmediatamente reconocibles por esa cercanía de diferentes registros e idiolectos, que le permite hacer rupturas cómicas (otra forma de la risa: el carnaval que borra las diferencias), así como deslizar en los pasajes más elevados, incluso

a la mitad de una enunciación portentosa, una nota de fragilidad o desconcierto. El modelo clásico es el tartamudeo del narrador de Cervantes al contar el instante de la muerte de Don Quijote, como si el dolor le impidiera (esto es otra idea borgesiana) hablar con la indiferencia de un narrador despegado de lo que relata. En los cuentos de Fernando, esta irrupción puede lo mismo poner en ridículo a un personaje pomposo que hacer más profunda, más delicada y amarga, una melancolía.

El comportamiento fantástico, como todos los recursos y técnicas de la narrativa de imaginación, puede interpretarse de manera literal, y de otras. Una lectura estrecha no se fijará en nada salvo lo raro y quizá lo gracioso del personaje en cuestión, que no actúa “como la gente”. Otras lecturas pueden tomar esa rareza y llevarla por muchos caminos diferentes. Digamos: se puede apreciar que el personaje extraño puede ser inasible, incomprendible incluso, pero no deja de ser humano; podemos, de pronto, verlo no como un extraño, sino como un reflejo, ¿cómo reacciona-

ríamos nosotros de vivir en *La metamorfosis* o *Siempre hemos vivido en el castillo?*; o aún puede que lleguemos a plantear la pregunta complementaria de ¿cómo reaccionan otros, que desconocen nuestras circunstancias, cuando observan lo que hacemos y no lo comprenden?

Lo que llamamos la normalidad: la constancia de nuestras costumbres y nuestras convicciones parece tambalearse en el siglo XXI, pero incluso así es menos fuerte y permanente de lo que nos parece. Ya somos indescifrables para personas que viven en el extremo opuesto del mundo, y lo seremos también, si queda recuerdo de nosotros, para los seres humanos que vivirán dentro de mil años. Todo comportamiento está a poca distancia del comportamiento fantástico. Como siempre ocurre en la literatura de imaginación, y como bien lo sabe Fernando de León, situarnos en el borde de lo posible nos permite observarnos mejor a nosotros mismos. Hacerlo sin engaño, sin prejuicios ni segundas intenciones, es una de muchas tareas útiles, y hasta urgentes, para una época como la nuestra.